



1252



NICOLAS RUBIO VASQUEZ

Socio Correspondiente del Círculo  
de «Altos Estudios», de Rosario  
de Santa Fe, Argentina

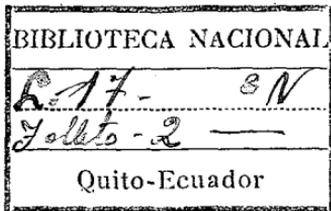
*Para la Biblioteca  
Nacional de Quito  
para la Biblioteca  
Nacional de Quito  
Ambato: 25/1/35.*

LA P O N G A  
CENTOS REGIONALES



AMBATO—ECUADOR





LA PONGA  
CUENTOS REGIONALES



*A mi inolvidable hermano, Alberto Gómez Vásquez, que descansa en la Eternidad nimbado de luz, y cuya desaparición en una tragedia horrible, puso una honda, una inmensa melancolía en el corazón de los suyos; a él, que supo orientar como educador varias generaciones ambateñas y me alentó en las horas de desfallecimiento, impulsándome en las luchas ennoblecidas del Espíritu; dedico este manojito de cuentos, con la esperanza de que irán a decirle a su oído atento, mi amor y mi recuerdo, más allá de la Muerte, que le arrebató cruel de nuestro lado, tempranamente, dolorosamente....*



## La Ponga

El matrimonio parecía una cosa resuelta. La promesa quedó sellada con el tradicional *pilche* de chicha, el bermejo zumo de la jora, que pone un poco de alegría en medio de la infinita tristeza de los indios.

Pero el José Pilamunga no había querido solamente brindar el licor de los incas. Tenía sus pujos de ser manirroto y un tantico orgulloso. Había ido donde ño Alfonso, la mejor cantina del pueblo, y ahí quedó ni mas ni menos que esclavizado; pues firmó un documento, con sus respectivos intereses, por dos botellas de aguardiente puro, legítimo de Baños, otras de vino *San Rajuel*, como el decía, y otras dos de crema y Peñas.....

El, José Pilamunga, pagaría con el sudor de su frente. A Dios gracias era joven y trabajaría más que nunca en cualquier lugar y después de pocos meses, si la suerte le ayudaba de casarse con la Tránsito Mulla, todo se arreglaría.

Ambos, con sus respectivas familias, trabajaban en la misma hacienda, de la cual provenía sus pequeños y míseros *huasipungos*, a cuyo cultivo dedi-

caban tan sólo dos días a la semana, siendo el resto para desquitar al patrón Marcos.

Allí se conocieron. El amor se inició cuando el indio comenzó por tirarle, suavemente, piedrecitas al disimulo, que es la señal entre esta gente humilde, de que se inicia un cariño.

La Tránsito se hizo la esquiya al principio; pero luego, ante la arrogancia y tenacidad del longo, garrido y joven, tuvo que ir amainando y entregándose a las dulces emociones de la esperanza. Porque el corazón humano, cualquiera que sea la raza, no es indiferente jamás a las suaves y prometedoras sacudidas del amor....

Desde entonces, donde se encontraban poníanse en movimiento ojos y sombreros. Certeros sombreros, como proyectiles hacían impacto en los pechos de los longos, que latían desorbitadamente. Las miradas, por cierto, penetraban muy hondo en los corazones. Esta era ya la señal más patente de su íntimo cariño.

Pero, para llegar hasta este estado en sus relaciones, los enamorados tuvieron que sufrir grandes contratiempos y sinsabores. Y, de seguro que seguirían amargándose hasta que el cura bendijera la unión, legítima. Aún allí tendrían que encontrar otros obstáculos dolorosos e intensos.

La longa era esbelta. Tipo gallardo de la raza

bronceada, que tanto apetito provoca a aquellos señores blancos, dueños de vastos latifundios....

Ño Marcos no fue insensible a los encantos de la Tránsito; para conseguir su afecto y posesión había puesto en juego todos los ardidés posibles. Pero, en todo momento se estrellaron contra la roca granítica de la indiferencia de la india. Ni amenazas, ni ofertas tentadoras, ni halagos con que suelen endulzar sus palabras los señoritos, pudieron socabar la integridad de la Tránsito.

Don Marcos estaba irascible. El era el dueño absoluto del inmenso latifundio. Perteneciente a esa raza aventurera y afortunada, que deambula por el mundo en busca de oro y de emociones, no podía quedarse así no más con la afrenta. Muchas veces tuvo que recurrir a los más duros castigos. Allí, en su hacienda, tenía una sala inquisitorial, con todos los castigos imaginables. A ese lugar temido y odiado, hacía conducir a sus numerosas e indefensas víctimas.

La Tránsito fue a parar en esa sala muchísimas veces. En una ocasión la hizo aplicar yerro candente en los robustos y apretados lomos de la longa.... Pero ella salía del suplicio más rebelde, más indiferente, más hermosa.....

Esto exasperaba a ño Marcos, amigo de salirse con las suyas. Cuando supo que el *runa* José Pilamunga enamoraba, con trazas de casorio, a la Tránsito, cambió de sistema, por probar si le daba buen resul-

tado. Todo el odio que abrigaba en su alma, lo destinó íntegro al pobre *runa*.

No podríamos describir las afrentas, las inmensas torturas de que le hizo víctima al Pilamunga. Este, temperamento recio, robusto de constitución, y, sobre todo enamorado, no se rindió nunca a esos duros y reiterados castigos, que no los merecía. Comprendía instintivamente la causa del odio del blanco y hacía por querer mucho más aún al objeto de sus desventuras....

Esto debía acabar en tragedia. El infeliz José apresuró el casorio. Convenció a ambas familias de la necesidad de liberarse de los odios del temible *misho*. Había que realizar el matrimonio cuanto antes. Se señaló el sábado próximo, día del Señor del Terremoto, para el «pedido», previamente.

\* \* \*

El «pedido» tuvo todas las excentricidades que es costumbre entre la raza vencida. La novia fue ocultada convenientemente y de antemano en una de las oscuras piezas del mísero chozón... Sólo los padres velaban afuera. El novio debía de llegar con las velas de cebo, con que, esta pobre gente, hace ciertas ceremonias, para dar «entrada» al novio y como para sellar digna y tradicionalmente la palabra de matrimonio.

El Pilamunga no cabía de gozo. Después de que las velas se consumieron, entre las ceremonias indígenas y sin que la Tránsito asomara en el intertanto, recibió de los padres de ésta, la autorización para que hiciera las señales acostumbradas a su prometida. Así lo hizo desde el quicio de la puerta. La india contestó a ellas con ciertos golpecitos en el bahareque del zaquizamí y pronto se abrió la puerta. Un sombrero del longo dado a su novia, con cierto respetuoso recogimiento, selló el idilio.....

—*Taita* Lorenzo—dijo el Pilamunga con el sombrero en la mano—es hora que so mercé nos dé la bendición para que la Tránsito diga sí.....

—Ya que el Altísimo ha querido, de mi parte *ga* aquí está la bendición. El sí sólo depende de la *cuicha*.

En efecto, los indios arrodillados recibieron la bendición del *taita* Lorenzo, padre de la novia, que entre tanto lloraba amorosamente. A su vez el viejo Gregorio Pilamunga, padre del José y las respectivas esposas de los ancianos, se apresuraron igualmente a otorgarles la *suya*.

—*Aura* sí—dijeron ambas familias—*cuicha* da no más el sí.....

La Tránsito bajó modestamente los ojos. En estos momentos el alma de toda mujer, se inmuta y el pudor sube a los ojos.....

El Pilamunga insistía con la mirada amorosa y

solícita, que quería envolver a su prometida en una sola y honda caricia.

—*Shuyay*—contestó la Tránsito, y parecía como que consultaba a su propio corazón.

Entre tanto mamá Felipa, esposa del Mulla, cogió una botella de puro y comenzó a brindar a todos los concurrentes, familiares de ambos novios.

Había faltado sólo este estímulo, pues todos ellos empezaron a asediar a la Tránsito, obligándole a dar el sí.

Las copas menudearon. Las velas estaban por consumirse. Ya en el lejano oriente, la aurora, presagiaba un día encendido de dicha...

Los *mitayos* seguían escanciando reiteradas copas de puro y de crema.

—*Qui sabroso is esto. Isto ca no siempre se toma*—decían los *runas*, al libar la crema y peñas, traídas por la munificencia amorosa del José....

—*Taita! taita* Lorenzo, obligue a la *cuicha qui* dé el sí. Ya *miso* asorna el día. Los *trigueros ga* cantando están.

Era la señal de la nueva carga. El Pilamunga se fue derecho a donde su Tránsito. La miró con ardiente celo y amor y obligándole que tome una copita de crema en un *pilche* que tenía el cerco de plata, le exigió que pronunciara la sentencia.

—*Utija*—esclamaron todos a la vez.

—*Upallay*,—contestó la novia;—cierto *ga qui* yo te quiero. Mi corazón se *aicho toglla* con el tuyo. *Nuca* sería *llulla* si callara por más tiempo. *Taitas* míos si quiero casarme con el José.....

Se hizo un momento de silencio solemne. Un silencio que fué preludio de improvisados y ardientes brindis por la felicidad de los novios.

En efecto, cuando ya clareaba y la luz del nuevo día se introducía por las rendijas del techado y de la puerta, quedó convenido que irían donde el *amu* Teniente Político el sábado próximo y el domingo siguiente donde *taita* Cura, para que les hiciera casar.

Tomaron todavía las del estribo y haciendo, a su manera, votos por la dicha de los futuros desposados, se despidieron para encontrarse en el pueblo el día señalado. Entre tanto ambas familias prepararían lo necesario para la boda. El longo traería para la novia *huallcas* y corales, centros de bayetilla de subidos colores; camisa bordada y enagua planchada....

\* \* \*

El Teniente Político recibió a los pobres indios, con gesto altanero y avinagrado, malamente.

Estéban Sánchez era el tipo del cacique de aldea. Tres veces exaltado a la Tenencia Política, se creía

dueño de vidas y haciendas en la parroquia. Y sólo Dios sabía cómo llegó a ese puesto. Cuyes, huevos y gallinas, le sirvieron de padrinos para alcanzar su objeto. Servil y bondadoso con quienes podía sacar alguna prebenda o favor, era insoportable, por su actitud de matasiete, con los *runas* infelices.

—*Mitayos, roscas*, qué quieren de mí!—Comenzó diciéndoles.

El Lorenzó habló:

—Amito, señor Teniente Político, venimos a que nos case a mí y a la Tránsito....

—*Manapingas*: ¿saben lo que se atreven a pedir-me? Que les case. Esto no puede ser. Es un imposible. Traen autorización del patrón Marcos?

—No, amito. No sabíamos que era necesario. *Ño* Marcos no nos ha *di* dar *ise* papel.

—Entonces, *verdugos*, fuera de aquí. Yo no soy ningún tonto. Perderé el puesto por Uds., indios bandidos.....

—Por Dios, *ño* Estéban,—clamaron todos a la vez,—mientras sacaban de sus repletas *shigras* los presentes que le habían dedicado y de que gustaba el funcionario venal.

Pero, en esta vez, Don Esteban, en orden a una consigna que él se sabía, no quiso aceptar nada a los

indios, quienes quedaron aún más desconcertados ante esta nueva actitud del Teniente Político, extraordinaria en él; pues todo el mundo sabía, lo interesado que era en todos los momentos de su vida, pero de un modo especial, cuando «administraba justicia»....

Haciendo como que se irritaba ante lo oferta Don Estéban cogió su grueso bastón del que se servía para sus actuaciones como Alguacil, y amenazando a los *runas*, sacó fuera del despacho a los pobres indios. Pero, en lo íntimo de su alma, sí es que acaso la tenía, sintió una profunda contrariedad no poder recibir los regalos traídos, a los que siguió con ojos codiciosos, mientras por su boca arrojaba la mar de injurias a sus clientes.

Ante esta ruda e inesperada negativa de Don Estéban, Pilamunga pensó en el Cura, porque siempre se cree al sacerdote representante de Dios sobre la tierra, y, de consiguiente, de la justicia divina....

Pero también aquí iban a encontrar los longos una nueva desilusión.....

\* \* \*

Entraron a la Iglesia, primeramente. Ante una vieja estatua del Señor del Terremoto, rezaron con la devoción que cabía en sus almas primitivas, pero buenas....

Cuando enjugaron una lágrima ardiente delante

del Altar, pidiendo por todos sus dolores y angustias, cuyo origen sabían, salieron devotamente de la Iglesia para dirigirse al Convento donde estaban ciertos de encontrar al señor Cura y de quien creían recibir el apoyo que necesitaban en tan amargos trances.

El Cura acababa de hacer la siesta, seguramente después de oprimir almuerzo, donde habría menudeado el vino y habría saboreado unas buenas piezas de pavo, comida ordinaria de esta clase de gente... En el patio se veía andar libremente algunos ejemplares de pavos, patos, gallinas en promiscuidad con cerdos y ovejas, metiendo no escaso ruido, al que estaba acostumbrado el buen pastor de almas, pues que no le despertaba nunca en sus siestas cotidianas.

Entraron al despacho parroquial. Allí no había sino unas dos sillas viejas de madera; un sofá que denotaba tener una edad muy avanzada, pues que estaba desrroyéndose por efecto de la polilla; al fondo una mesa así mismo en condiciones deplorables, conteniendo un recado de escribir, un secante y unos libros muy grandes.....

En una de las paredes un Cristo abría sus brazos ensangrentados en actitud de perdonar las culpas de los hombres.....

El Cura no tardó en llegar. Su semblante amaratado y arrugado tenía un ceño nada prometedor, más bien infundía cierto pavor antes que alguna esperanza buena.....

—*Verdugos*, ¿qué quieren aquí?—interpeló el señor Cura.

—*Taita Curita*, después de Dios nuestro Señor, venimos para que nos case en la Santa Madre Iglesia; *ño Estéban Sánchez* se niega *miso* sin motivo a unirnos en la *civilidad*....Dijo el rústico Lorenzo.

—Saben la Doctrina Cristiana?—inquirió el sacerdote.

—No amito, señor Cura; por eso *miso* queremos que tenga la *dignación* de enseñarnos.

—*Mitayos*, ya era tiempo de que la sepan. Sin este requisito no podrán casarse. Pero ni aún en el caso de que lleguen a saberla, es imposible que yo les case.....

Los indios no querían dar crédito al sotanudo sabiendo como sabían que era el mensajero de Dios en esta tierra....

Don Emigdio Galarza, que ya había celebrado sus bodas de oro sacerdotales, era quince años cura de la parroquia.

Contaba con el apoyo de los terratenientes, entre los que figuraba el primero, Don Marcos Uribe, dueño del vasto latifundio, y, quién hacía alarde de quitar y poner Tenientes Políticos, Jueces parroquiales y curas a su antojo y gusto.

Don Emigdio, a pesar de sus muchos lustros, se conservaba fresco y erguido, aunque sus ojos lacrimosos y rojos, denunciaban muchas vigiliass ...

Amigo de francachelas, su convento estuvo siempre abierto para quienes vinieran en son de tertulia o de farra..... especialmente para los señorones de la ciudad, a quienes tenía en alta estima por lo que *potis contingere*.

Por lo demás, ejercía su «santo» ministerio con mucha acuciosidad, particularmente cuando había que catequizar a alguna hija de María a adoctrinar a alguna hermosa *longa*, que no le faltaba por cierto, porque a diario habían matrimonios de indios, los que tenían que dejar a la novia en calidad de *ponga*, para que aprendiera a servir y amar a su esposo, en el santo servicio del señor Cura.

Era el tipo del cura divertido, irónico y bien comido. Sus ojos, pequeños y saltones, hacían contraste con su abultado abdomen, que no le impedía andar con la cabeza alta siempre, ni asistir, de preferencia a algún bautizo o casorio, con diligente puntualidad.

Las malas lenguas corrían por allí el rumor pecaminoso de que no había sido sordo al mandato cristiano de «creced y multiplicad».

Pero, si constaba a las gentes, su constante preocupación porque los buenos parroquianos, so pena

de irse a los Quintos Infiernos, satisficieran cumplidamente el pago de diezmos y primicias, y asistieran a misa, a oír su meloso sermón, los días domingos y fiestas de guardar.

De este modo, vivía nuestro señor Cura gordo y contento; pero, no sólo él, sino mama Marica, su cocinera y ama de llaves, mujer entrada ya en años y muy fiel a los preceptos cristianos y a las órdenes de ño Emigdio.

Mama Marica tenía como una de sus vanidades, disculpable por cierto, la de haber sido niñera del clérigo y ahora su confidente y ama de llaves.

La vieja iba doblando la curva de su vida tranquila, y, como don Emigdio, gorda y decidora.

Como ella y el Cura, gozaba igualmente como un cristiano, el caballo Júpiter, hermoso ejemplar de la raza equina, que servía a aquél para ir a sus confesiones o dar sus «saltos a la ciudad», como el decía.

No era, pues, de los curas cicateros. Como le<sup>e</sup> entraba, salía. Su dispensa estaba siempre bien provista de exquisitos manjares,—generalmente regalo de alguna cófrade—y de vinos añejos y sabrosos.

La mañana de aquel día, Don Emigdio se había levantado de pésimo humor. Sus motivos tenía, por cierto. Don Marcos, su amigo y protector, habíale

hecho una visita urgente e inoportuna, a altas horas de la noche anterior.

—Don Emigdio, había comenzado por decirle, somos viejos y buenos amigos, y, gracias a Dios, a su buen corazón y a mi influencia, Ud. ha permanecido quince años ya, contento, rico y feliz en esta parroquia .....

—Así es don Marcos..... En que puedo serle útil?

A eso vamos..... La longa Tránsito, que Ud. conoce, quiere casarse con el verdugo del Pilamunga. Yo he resuelto obstaculizar esa unión.....

—Pero....Don Marcos, ¿que razón aduciría para justificar semejante procedimiento? Yo no debo sino cumplir con mi ministerio....Además....

—No, señor Cura....

Don Emigdio temblaba; adivinaba una catástrofe. Cuando Don Marcos le trataba de «señor Cura», era porque quería las cosas en regla.

—Ud. no ignora que estos indios son de mi hacienda. Yo no permitiré que ellos se casen sin mi expreso consentimiento.

—Pero....don Marcos, esa no es una razón justa. Bien pueden casarse solamente con la anuencia de sus padres. Yo sólo exigiré que sepan la Doctrina

Cristiana, de acuerdo con los cánones.....

—Pues, ya sabe, señor Cura. Mi resolución es que no debe Ud. casarlos. El Teniente Político, Don Estéban, ha accedido ya a mi pedido. De lo contrario.....

—Dio Don Marcos una furiosa patada en el suelo, que asustó al clérigo, que se perdía en mil cavilaciones. Largo fue el silencio.

Don Marcos dijo al fin:

—Qué resuelve, señor Cura?

—Jesús! Jesús! En fin.... Va veremos, Don Marcos.

—No, señor. Es cosa urgente. Mañana escribiré a mi amigo, el Obispo....

Esto convenció al pobre Don Emigdio, que, al fin y al cabo, tenía sus escrúpulos, y terminó diciendo:

—Bueno, Don Marcos. Arreglaremos así: como los indios no sabrán seguramente la Doctrina, yo detendré a la india, en calidad de *ponga*, a pretexto de adoctrinarla, alargando de este modo, todo el tiempo que sea necesario, la fecha del matrimonio. Ud. dirá hasta cuándo....

El entendimiento se hizo. Ya un poco calmado el Cura, ofreció a Don Marcos una copa de vino añejo, y, por fin, otra de coñac.

El terrateniente, medio contento, salió como un fantasma, por la puerta caballeriza del convento, fro-tándose las manos, por los dos triunfos alcanzados aquella noche...

\* \* \*

Figúrese el lector, si los indios llegarían bajo buenos auspicios.

Nombrando a Dios y jurando por todos los santos, los infelices runas querían convencer a Don Emigdio. Pero este, que tenía su santo y seña, ponía a cada punto, serias dificultades.

Entonces los indios, instintivamente, ofrecieron al Cura los obsequios a él destinados de antemano, con el aumento de los que *ño* Estéban, el Teniente Político, no quiso aceptarlos.....

El sacerdote abrió, cuanto pudo, sus ojos pequeños y lacrimosos. Pero, rehusó, también, a primera instancia.

—*Amu taita* Curita—lloriqueaban los longos-*sier-vase* aceptar nuestros *enfileces* regalitos.... *Qui* mal mos hecho a *so* merced, señor Curita?....

Don Emigdio parece que sintió en lo hondo este sencillo y tierno reproche, y recordando lo conve-nido con Don Marcos, dijo.

—Bien. Bien. Hasta cuando la Tránsito esté en condiciones de tomar estado, se quedará en el Convento. Aquí le enseñaremos la Santa Doctrina y todo cuanto debe saber para ser una buena casada....

—Cuánto tiempo *cainará* aquí, amito?—se aventuró a decir el José.

—Eso no te incumbe a vos, verdugo. Yo sabré hasta cuándo. Entre tanto, espera.....

—Vendré a saber después de unos quince días?, insistió el novio.

—Puedes hacerlo, aunque no sé si tendrás para entonces buen resultado—refunfuñó Don Emigdio, entre tanto que, con suave acento, llamaba a mama Marica para que llevara a la despensa «esas» miserias..

Lo indios se despidieron del sacerdote muy sumisos y agradecidos, solicitándole, arrodillados, su santa y «paternal» bendición.

La Tránsito se quedó, entre esperanzada y triste, con no sé qué presentimiento indecible en su pobre corazón sencillo....

\* \* \*

Los indios dirigieron sus pasos a la chichería próxima. Allí pidieron un valde de chicha, haciendo la *tomina* en buena y fraternal camaradería. Es que

el dolor o la alegría, junta siempre corazones dispuestos a pasar la vida como ella venga.

El José Pilamunga, como su Tránsito, sentía en el fondo de su ser, un extraño escozor, un presentimiento, cuyas consecuencias adivinaba instintivamente.

En todos los obstáculos que encontraba para su enlace, ¿no estaría de por medio la negra influencia de Don Marcos?

El pobre indio se perdía en cavilaciones oscuras, de donde no acertaba a salir; y en su impotencia, optaba por tomar el camino más fácil, embriagarse.

Y con todos los suyos, sin hacerles depositarios de sus temores e inquietudes, bebió unos tras de otros, sendos *pilches* de «fresca», como ellos dicen a la chicha de jora.

Los valdes de la rubia bebida de maíz, se trasegaban con suma presteza a las gargantas ya acostumbradas y ahitas de los indios.

Había alegría y entusiasmo. Todos hablaban del futuro matrimonio. Todos ensalzaban a la Tránsito, tocándole su parte al Pilamunga. Este, inmutable como un fetiche indio, bebía callado y callado.....

—*Qui* hable el José—dijeron todos. Entre tanto que seguían escanciando la chicha.

El Pilamunga se levantó de su rústico asiento

a duras penas. Sus ojos, desmesuradamente abiertos por efectos del alcohol, miraban lejos, lejos, sin fin....

—Mi Tránsito...ño Marcos... Don Estéban... *taita* Cura.... No puedo decir nada. El *chushig ca* pasó. anoche por mi *huasipungo*....

No pudo decir más, en efecto. Cayó pesadamente. Estaba completamente ebrio.

—Los demás siguieron bebiendo; pero todos, al fin quedaron dormidos como estaban, y roncaban haciendo un concierto macabro.

Vino la noche. Lejos, en el pegujal próximo sonó el *rondador*. Por sus armoniosos carrizos huecos, salían las notas tiernas, quejumbrosas del alma indígena.

Pero, no sólo era del alma india e irredenta. Era el alma de la inmensa serranía... del viento que aullaba prisionero en el infinito... del río que tenía en ese instante el ritmo de mil arpas vocingleras... de la luna que besó en el lomo de los Andes, miles y miles de años... Era el dolor de siglos de una raza que no acertó el camino, ni le enseñaron a encontrarlo....

\* \* \*

Hacia quince días que la Tránsito se encontraba, en calidad de *Ponga*, con otras indias de igual condición, en el convento parroquial.

No se hallaba bien. Había hecho algunas observaciones, que le dejaron sin atinar a comprender la causa porqué sentía un miedo cerval y muy hondo.

El Cura no le trataba mal, ciertamente. Desde el primer día comenzó por distinguirla, aunque con estudiado disimulo. Cuando se encontraban solos, la decía palabras tiernas, pero que ella no comprendía....

Claro, ¿qué iba a comprender? El clérigo estaba aficionado de su *Ponga*. Y como la tenía a su alcance, no tenía ni las iras de Don Marcos, ni la mirada celosa del José....

La india había observado que muchas veces, por la noche, llegaba como un fantasma del otro mundo, el odiado ño Marcos, y que con el Cura sostenían largas pláticas, que remataban con copitas de licores desconocidos para ella y que no los había saboreado nunca, ni los saborearía jamás.....

Era por estas razones, que no se sentía a gusto. Además, el «adoctrinamiento» hecho, a veces y muchas, por el sacristán, era pesado y cruel....

Cuando no acertaba a repetir el «credo», o los «mandamientos», los hacía «entrar»,—como el decía— a fuerza de latigazos, propinados con un formidable *acial*.

Fuera de estas labores, atendía a las de la cocina y lavado. Cierta que mama Marica no consintió

nunca que fuera a preparar la cama del señor Cura, como él quería y pedía....

Estaba, pues, dispuesta a abandonar el convento en la primera oportunidad: la nostalgia del *huasipungo* se reflejaba en su mirada vaga.

Por su parte, el José, cumpliendo su palabra, había ido donde *taita* Cura a informarse si ya era llegado el tiempo para matrimoniarse con su inolvidable compañero de sinsabores.

Don Emigdio no sólo que le dió una rotunda y hosca negativa, sino le prohibió que viera a la Tránsito.

Era, pues, una tremenda confabulación contra los pobres novios, de parte de Don Marcos, director de ella, del Cura y del Teniente Político, secuaces complacientes y muy sumisos

Claro que Don Emigdio quiso alzarse con el santo y la limosna, abusando de su ventajosa situación. Pero, Dios quiso que las cosas sucediesen de otro modo, dando su inagotable apoyo a los humildes y sanos de corazón, y confundiendo a los potentados y pícaros.

La noche anterior, Don Marcos había penetrado sigilosamente, como de costumbre, al convento. Conocedor a dónde iba, penetró directamente al dormitorio del clérigo. Este, que hacía como q' rezaba en luen-

gos infolios, no se sorprendió de la violenta como inoportuna visita.

Como buenos y antiguos amigos, se abrazaron y comenzó enseguida la más reñida e interesante o más bien interesada de las pláticas....

La Tránsito, que había estado en vela, sintió que el conocido fantasma llegaba. Con mayor sigilo que éste, le siguió hasta que penetrase en el cuarto del Cura y cerciorándose de aquello, quedóse a escuchar al pie de una ventana que daba al dormitorio. Desde allí pudo oír todo cuanto decían aquellas nobles y sospechosas figuras.....

Respiraba bajito, difícilmente, temiendo que hasta su aliento le traicionase. Es que hay momentos en la vida de una persona, mayormente si se halla en trances tan difíciles, que cree que hasta su pensamiento puede denunciarle.

Aunque muchas cosas de que hablaban no eran entendidas, por el tono bajo de la conversación, con todo, pudo darse cuenta de que era ella de quien trataban.

Don Marcos venía a reclamar la entrega de la Tránsito, según lo convenido. El Cura, por fervor cristiano o porque también quería su parte, es lo cierto que se negaba, «por de pronto», a cumplir con el compromiso.

La conversación se hacía más acalorada, elocuente y se avinagraba por momentos. La india creyó que pronto se irían a las manos, y, antes de saber en qué pararía aquello, con el natural instinto de un perro y la suavidad de un gato, aprovechando que todos dormían, abandonó el fatídico convento, saltando con resolución y destreza india, por una de las paredes altas que daba a la callejuela próxima.

Una vez fuera, sintió que respiraba a pulmón lleno, aunque su corazón era presa de grandes sobresaltos. Ni siquiera tomó fuerzas con un pequeño y necesario descanso.

La noche era lúgubre. La obscuridad lo envolvía todo. Con ese poderoso instinto que es peculiar en los de la raza vencida, se orientó como pudo y adivinando más bien el camino, tomó la dirección del *huasipungo* de su amado e infortunado José.....

\* \* \*

Larga fué la travesía. No quiso andar por el camino real, frecuentado por toda clase de gentes, y tomó por precaución los vericuetos y chaquiñanes que ella conocía y que había frecuentado, a fin de evitar un mal encuentro o que don Marcos casualmente, ya que nadie se daría cuenta de su fuga hasta el día siguiente, le diera el alcance.

«La del alba sería», cuando la Tránsito golpeaba a la puerta del pobre chozón de su prometido. Este

que acostumbraba madrugar, se encontraba ya en pie. Su sorpresa al ver a su amada, fué muy grande y muy grata

Un abrazo fuerte, cariñoso y largo, selló, una vez más, dos almas en infortunio.

La Creación comenzaba a despertar iluminada por los suaves e inefables destellos de la aurora. Arboles y aves y flores eran un solo himno de alabanza al Creador....

Lejos parecía una sola y larga cinta azul, con reverberaciones áureas, la gallarda e impenetrable cordillera. El río cantaba como una orquesta de mil rui-señores, en la entraña de la tierra, a su paso para el mar.

—Vámonos—dijeron. y nada más.

\* \* \*

Así comenzó, por milésima vez, el nuevo éxodo de la raza vencida. Vencida por su dolor, por la incomprensión de los *mishos* y por la hostilidad del latifundio....

A donde ir? Pues, a donde quiera! La tierra era inmensa y pródiga; y donde quiera encontrarían a Dios. A Dios, sobre las maldades y asechanzas de sus encarnizados enemigos: el blanco, el cura, el Teniente Político.....

Pero, ¿cuándo terminaría su doloroso éxodo?  
Quizá pronto, quizá nunca!....

El lirismo reivindicador, de plataforma, seguiría su curso, como seguiría haciéndose carne el dolor de indio-carga, al indio-triste.....

O, talvez, los hombres nuevos comprenderían la humana necesidad de reintegrar a la Civilización, al indio-carga, al indio-triste.....

Quién sabe! El tiempo lo diría.....

Los indios seguían alejándose como las aguas de su Pastaza eterno. Sólo llevaban el recuerdo de su dolor muy grande, una esperanza incierta inacabable, y lo más apreciado para ellos, el *rondador*. Ya en el cansancio, junto a la fuente pensativa o a la sombra de un árbol milenario, a pleno sol o al atardecer, podrían decir a la vida, y a Dios y a los hombres, su amor, su dolor, su esperanza.... Algo más, traducirían en aladas armonías primitivas, su propia alma, sencilla y milenaria.....

**Quechuismos usados en el cuento**

<i>huasipungo:</i>	terreno que da el latifundista o hacendado en usufructo a sus indios peones.
<i>ño</i>	Señor
<i>longa:</i>	joven
<i>runa:</i>	indio
<i>mishos:</i>	blancos, mestizos
<i>taita:</i>	padre
<i>ga:</i>	sufijo que emplean los indios cuando castellanizan el quéchua.
<i>cuicha:</i>	joven, hija
<i>aura:</i>	ahora
<i>Shuyay:</i>	espera
<i>mitayos:</i>	vendidos, esclavos
<i>miso;</i>	mismo
<i>trigueros:</i>	aves como los jilgueros
<i>utija:</i>	pronto
<i>upallay:</i>	calla
<i>ñuca:</i>	yo

N I C O L A S   R U B I O   V A S Q U E Z

---

<i>llulla:</i>	mentiroso
<i>toglla:</i>	nudo
<i>amu:</i>	amo
<i>manapingas:</i>	sinvergüenzas
<i>shigras:</i>	especie de bolsas, hechas por las indias de fibra de cabuyo.
<i>ponga:</i>	india joven, que antes de casarse, queda al servicio del cura, para aprender la Doctrina Cristiana y menesteres domésticos.
<i>cainará:</i>	durará, estará.
<i>tomina:</i>	cuota que hacen para beber los ndios
<i>acial:</i>	látigo de cabestro.



## El Amuleto

Amanecía. La naturaleza, templo infinito para todos los fervores y los grandes pensamientos, era un concierto de armonías inefables. A la distancia, los árboles solamente daban el aspecto de fantasmas mitológicos que amenazaban engullirse los pálidos fulgores de la naciente aurora.....

La carretera, al principio una cinta zigzagueante de tinieblas, iba precisándose conforme avanzaba el véspero matinal, con sus canciones alegres de diafanidad y de paz.

Nadie caminaba a esas horas, sin embargo de que la gente campesina prefiere la madrugada para salir a sus tareas cotidianas. Pero decimos mal. Un hombre enfundado en gruesos ponchos de su tierra, hundido muellemente en la montura de su blanco corcel, avanzaba lentamente con dirección hacia el norte.

Ya está cerca. Parece continuar el sueño interrumpido, o abstraído en la dulce emoción del bullicioso despertar de los campos feraces, a la que ningún ser, por embotadas que se hallen sus facultades morales, puede sentirse ajeno. Una suave sensación de dicha

le corre por todo el cuerpo, como si fuera una caricia leve y voluptuosa.

Al llegar a «Puerto Arturo», antigua hacienda de hospedaje, que limita con la carretera y donde unos soldados alfaristas violaron a la cantinera hace muchos años, una sombra sale de no sé de dónde y va hacia el viajero. Pero no es una sombra. Es una persona que conoce al que marcha de paso y quiere darle los «buenos días»....

—Mi don Narciso, tenga Ud. buenos días. ¿Para dónde a estas horas?.

—Hola Policarpo, desde cuándo por estas tierras?....

Y ambos, como buenos y antiguos amigos dan pábulo a una «parla» lisonjera, en que menudean los apretones de manos y los consabidos «saludará a la familia», «muchos recuerdos en casa».

Después de la efusión amistosa, don Narciso sigue el viaje a la hacienda próxima, de la que es arrendatario, muellemente acomodado en su tardo rocín, mientras el llamado Policarpo toma la dirección contraria, como quien va a Izamba a oír la misa de cinco, o con el propósito de hacer abrir a todo tranche, la cantina de Ulloa, para escanciar unos tragos....

\* \* \*

Don Narciso es un agricultor de recia contextura para el trabajo. Desde muy por la mañana ha a

bandonado el tibio lecho y las caricias de su hembra para dirigirse a las rudas labores de la hacienda que corre de su cuenta. El encuentro de Policarpo, apenas si le ha hecho impresión. Sin embargo recuerda que este campesino estuvo hace poco en «bodegas», a donde se dirigiera para probar fortuna; y se le ocurre la idea de dar el «parabién» a su mujer que vive cerca.

Ya serían las diez de la mañana. Después de ordenar el trabajo a la peonada, Don Narciso sale a la carretera para saludar con sus amistades. En ese momento, precisamente, pasa la Rosario, mujer del Policarpo, joven aún, bastante rollizo y de ciertos encantos materiales. Don Narciso se adelanta hacia ella, alegre, decididor, saludándole:

—Señá Rosario, muy buenos días. Reciba mis parabienes por la llegada de su marido.....

—Récele, don Narciso.... Hace unos cinco días que se fue al cielo el pobrecito.....

—Imposible señá Rosario. Acabo esta madrugada de hablar con él. Hemos estado juntos. Le he cogido las manos. Nuestra «parla» fue larga y cariñosa. Al despedirse me dijo que iba a misa de cinco a Izamba, y si no alcanzaba, que iría a Cunchibamba.

—No puede ser, don Narciso. Talvez sería otra persona y Ud. se confundió con mi marido difunto.

Ambos quedan perplejos. No saben cómo seguir la conversacion. Un viento helado les penetra en lo más hondo de sus perturbadas conciencias. Don Narciso está convencido de haber visto a Policarpo, de haberle palpado, oído... Cómo puede ser? La superstición, que es miedo a la verdad, comienza a cogérles en sus fuertes tentáculos a esas dos pobres almas ignorantes....

\* \* \*

La noticia cundió por los alrededores del anejo insignificante y hasta llegó a los poblados. Nadie hablaba sino de que el alma del Policarpo andaba «en pena» por este mundo, a causa de sus muchos y graves pecados. La misma viuda creyó encontrarle a la vera de su casa. Però, como una sombra fugitiva, se alejó sin dejarse hablar. La noticia estaba poniendo los pelos de punta y tristes presagios en el ánimo de los sencillos labradores que «temian un mal encuentro», y para cuya contingencia se habían hecho exorcisar por el cura de la parroquia y andaban protegidos por imágenes y rosarios .....

Los campesinos son la gente más supersticiosa de la vida. Una de sus modalidades características es la ignorancia; a mantener la cual contribuye fervorosamente el cura. Empezaban los de Samanga a creer que si el alma del Policarpo continuaba andando de este modo por los campos, estos habrían de perder

su feracidad; que sufrirían hambrunas, que las heladas no se dejarían esperar....

Entonces, sin acordarse de Dios, hicieron recuento del pasado de la vida del Policarpo. Al recordarlo, con hipócrita ficción, se santiguaban, murmurando quedo.

Ellos eran una esfinge, como allá arriba los Andes, enhiestos y mudos en su trágica ascensión trunca, no podían hablar de las glorias quéchuas, ni de los dolores de la raza vencida; a cuyas faldas acudían los indios tristes, haciendo sonar los milagrosos carrizos de su rondador, para calmar sus angustias de siglos....

\* \* \*

Policarpo Vargas fue campesino «de malas inclinaciones», al decir de sus paisanos. Desde muy joven se dejó arrastrar por el placer de la lujuria. Muchas eran las «chagritas» garridas de esos campos, requeridas por sus «artes de brujería», y que se rindieron prontamente para saborear la pena del abandono. Porque el Policarpo, como un don Juan de aldea, no saboreaba el fruto prohibido sino hasta cuando él quería....

Una sola se resistió bravamente. Fue Rosario. Ante ella inmoló el seductor su libertad, casándose, más bien por capricho, que por amor, según el mismo decía. Rosario logró atar a su conyunda la inde-

pendencia del amado conquistador. Sin embargo, el Policarpo seguía en su vida antigua, como de costumbre. Eran pocas las horas que dedicaba al trabajo, siendo muchas las que empleaba en requiebros y enamoramientos.

Pero el campesino desmejoraba a ojos vista. Antes, airoso y juvenil, ahora iba poniéndose viejo y arrugado; la espalda se le encorbaba y caminaba lentamente. Sólo los ojos, esos ojos libidinosos y pícarescos, con algo de famélico y endiablado, con los que punzó el corazón de las mozas, atrayéndolas hacia el pecado, conservaban su brillo y su quimera.... Será que los ojos es lo último que se muere en el hombre?

Las longas, las chagras y las cholos, se cansaron al fin de las artimañas del Policarpo, quién perdía visiblemente su antigua influencia de macho seductor. Su salud, además, iba descendiendo prematuramente.

La resolución fué súbita. Se iría a la *bodega*; buscaría salud, dinero y también, ¡porque no!, un amuleto que le diera para siempre el poder de atrapar mujeres, mujeres.....

\* \* \*

El Policarpo estuvo algunos meses en la Costa. Claro está que tuvo que ir a un Hospital primero. Salido de allí con bríos, trabajó con tesón en un in-

genio, en la zafra de la caña de azúcar. No descuidó tampoco de sus antiguas aficiones arraigadas. Algunas de las mujeres de sus compañeros de faena, cayeron rendidamente en sus brazos insatisfechos. Nuevamente, vigoroso y añorando su tierra nativa y sus mujeres, pensó en regresar.

Las campesinas, a su muerte, comentaban que había venido con una «niña» de lo *mejorcito* de Babahoyo, trayéndola hasta Riobamba, donde la tuvo en un hotel muchos días, hasta que unos «chullas», mas afortunados que él, se la habían *quitado*, sin que le valiera, entonces, un misterioso amuleto, fervientemente conseguido en el Ingenio, para el logro de sus ardientes y locos amoríos....

Al llegar a su pueblo, comenzó de nuevo su vida de seducciones y abandono. Poco tiempo fue el que duró su reinado en esta vez. Sus órganos, completamente aniquilados por el abuso de la libide, iban matándole de día en día. Era una sombra que caminaba; pero en su mirada siempre, llevaba el brillo que da el ensueño, o más bien sueño de la conquista, el delirio de la posesión, la locura de la voluptuosidad.

Tuvo que ir, por fin, al Hospital. Dos días estuvo allí, al cabo de los cuales murió, según dicen, confesando sus culpas y pidiendo perdón a sus víctimas.... Averiguado después, aquello resultó mentira. El seductor se llevó sus secretos, dejando en poder

de su esposa una pequeña, diminuta figura de hueso, que se asemejaba a una canilla humana, la que le servía de amuleto de la suerte en sus conquistas....

\* \* \*

En la ciudad no prestaron posada a la viuda para que velara a su esposo muerto. El último adiós que musitan los cirios blancos y melancólicos, le dieron en la «sala de difuntos» del propio Hospital. Ante su cadáver, ¿que pensarían los infelices, los ignoraros campesinos?

Pero la aldea estaba contenta. Se había despojado de un grave, de un amenazante peligro. A la maestra de escuela, le decía, un día, una campesina:

—¿Qué le parece la muerte del Policarpo, señorita?

—Pobrecito!, debemos rezar por él; que Dios le haya acogido en su seno.

—Dios no quiera, el pícaro ca ha de estar en la paila....No sabe, señorita, los males que hizo? Yo le voy a conversar una *secretía*.... (y la mujer ingenua pero malintencionada, seguía con aire misterioso y en voz baja, moviendo los ojos con cierto recelo del muerto)...el bandido ca no dejaba en paz a nadie. A mi Rosita también había ofrecido hacerla de él. Un día juró que dormiría con mi guambra. ¡Santo Dios!

Bien hechito que se haya muerto y que esté en los quintos....

—No sea mala, señora. Dios murió por los pecadores y los malos. Los buenos no necesitan de nuestras plegarias. Los perversos, los malos, son los que están pidiendo oraciones y misas para salvarse....

Y la leyenda se extendía. Ahora las campesinas estaban temerosas de la viuda, con quien había quedado el amuleto. Recelaban de que ella les quitaría, por «arte del demonio», a sus maridos....

Concibieron una idea. Irían, primero de buenas hacia ella, llevando una botella de aguardiente y, entre copa y brindis, le exigirían que quemase en su presencia, el maldecido amuleto. Si no conseguían así su propósito, lo harían por la fuerza, aunque tuvieran que matar a la infortunada poseedora.

Pero el artificio de bondad, les dió admirables resultados. La viuda era, en el fondo, una buena mujer y a la primera insinuación, hecha en nombre de Dios, ella accedió gustosa.

La «quema» del amuleto, fue un espectáculo ridículo. Mientras unos echaban ajos y centellas por sus bocas aguardentosas, para que se fuera el «maldito»; otros temerosos de su influencia, por el desacato que cometían, rezaban, rezaban; pero los más bailaban y bailaban como locos, en bárbaros exorcis-

mos, haciendo círculos en la llama que se consumía crepitante, lenta, con furor extraño....

Al fin, el «cacho» endiablado desapareció; pero una fuerza desconocida, misteriosa, la fuerza de la superstición, quedaba flotando en el ambiente y en las mezquinas almas campesinas, poniéndoles los pelos de punta.

No obstante, ya sus maridos se conservarían a su lado siempre, al lado de sus propias y legítimas mujeres, intactos, buenos y firmes....

## El amor de las serranías

Abajo, en lo más profundo del negro abismo, como acerada y voluptuosa serpiente, el Pastaza dejaba oír sus aullidos pavorosos.

En el firmamento, el sol era como la bendición de Dios. Oreaba la calcinada tierra, brisa inquieta y cantarina. Los inmensos pajonales silbaban temerosos, dando la impresión de víboras en acecho....

El balido de las ovejas tenía en ese momento la peculiaridad de un angustioso grito, desaforado y punzante. Los pequeños recentales iban a la sombra de sus madres para estar más cerca de las ubres milagrosas. Pájaros de las altas serranías volaban a grandes alturas, como queriendo comerse el infinito....

Había, no obstante, en derredor, un letal silencio sobrecogedor y aplastante. Sólo el mugido del Pastaza se alzaba como una lengua sonora, en impremeditado afán. Lejos, algunos árboles tristes y señeros, pintaban a lo vivo, a la humanidad dolorida, en el desierto innumerable.....

Con el tiempo, viejo fabricante y destructor, las rocas milenarias y duras, habíanse socavado en sus

entrañas, muy profundo, muy profundo, de tal modo que, a la distancia se notaba un desigual acueducto, una infernal cuneta, algo como una arteria que se hubiera reventado de improviso....

Por este negro cauce corría impávido, con crueles estertores, como gañan que no se aviene a las rudas faenas que le han impuesto, reventando de odio, ya fuerte, ya cenagoso, ya transparente, rebotando por aquí, impaciente por allá, de vez en cuando en apacible remanso, el Pastaza de todos los tiempos....

Allí sus aguas no hacían el milagro de fecundar las tierras prodigiosas. Era un torrente sin provecho, un áspero caudal inoficioso, que se levantaba muy arriba, muy arriba, chocando y en pugna formidable con todos los obstáculos, en gigantescos copos de enmarañada espuma.

El observador que miraba encaramado en las alturas, se sobrecojía de inusitado pavor, de un miedo religioso, sublime....Revolviase, talvez, su palpitante entraña, perdiendo su centro de gravedad....Y soñando en algo descomunal y fantástico, no pudiendo soportar la impresión de tanta grandeza sombría y paavorosa, bien podía ser víctima del vértigo supremo....

Arriba de las yermas rocas, estaba el esperanzado pajonal. El rebaño buscaba ansioso el alimento. Ya se desparramaba en todas las direcciones; ya se juntaba para medrar reunido; ya se dirigía por ser-

das de seguro-refugio, ya alguna descarriada ovejilla penetraba en sitios inaccesibles y peligrosos.

\* \* \*

Micaela, apuesta y garrida indígena, apacentaba el ajeno ato. Ni los ardores del sol canicular, ni el tajante frío de la inmensa serranía, ni las lluvias, ni el ventarrón asolador, le causaban impresión alguna. Parecía indiferente, como una estatua de bronce, como un fetiche de sus antepasados, cuajado de los mismos resquemores del impenetrable río... Quién sabe si tenía el corazón hecho de rocas y de peñas, quién sabe si su alma era reflejo fiel de la inconmensurable altura!

Sostenida en el cayado, sarmentoso y fiel, miraba, también, a las vastas regiones del cielo. ¿En qué pensaba, en qué soñaba a semejantes horas? Era joven y robusta. Hermosa y esbelta, como las palmeras bañeñas. La juventud, ciertamente, aunque se encarne en las almas más primitivas, sueña a cualquier hora, en cualquier refugio, por hostil, que sea; se alimenta de sueños imposibles, como imposible es la vida y fervor de los ensueños vanos, como torturador es el horizonte que se pierde y resucita en todas partes, cuando se quiere llegar a alguna.....

La juventud mira siempre alto, mira a donde no se ve, pero se presente; confía en que del espíritu de las lejanías,—algo como el bosquejo suprasensi-

ble de un ideal,—ha de venir algún día, no importa cuándo ni de dónde, la dulce y anhelada consolación virtual.....

Aunque Micaela no podía discernir a consecuencia de su ninguna cultura, las fuertes impresiones de su alma, adivinaba que dentro de su ser rebullían desconocidas olas; que le picaban escondidos y ardientes saetazos de dolorosa al par que benéfica y suave delectación. Bien adivinaba que si el exterior no le hacía mella, ardía en su interior misteriosa llama, ahita de convertirse en fuerte e irremediable incendio.

Miraba, miraba al firmamento loco de luz, radiante y feliz, en su infinita soledad, artero y sugestivo. A esta sazón oyó de súbito el fuerte balido de una oveja; todo el rebaño suspenso y asustado, miraba al abismo con desorbitados ojos, como queriendo, con sus ansias y sus penas, contener lo irremediable....

Micaela dirigióse con acelerado paso, casi corriendo, hacia el lugar de donde salió el sospechoso balido.

¿Qué había sucedido mientras la infeliz pastora cuasi soñaba?. Las ovejas, y en general todo animal de pastoreo, en la búsqueda instintiva del sustento, no ven peligros de ninguna clase, a los que desafían inconscientemente. Caminan como con cerradas pupilas, seguros de su instinto, escarbando, cosechando rumiando, en fin, lo que han hallado. Penetran hasta en

sitios en los que cualquier hombre atrevido encontraría segura muerte. Estos animales como las personas que los cuidan y pastan, parece que en esa dura faena, en el mísero oficio, han logrado adquirir alas o fuertes tentáculos con que asirse en trances difíciles y sostenerse como si aquello fuera lo normal y acostumbrado.

Una hermosa oveja, tierna aún, de mullida pelambre, blanca como la espuma, arrogante y esbelta, en caza de mayores provisiones, habíase desviado de sus compañeras, yendo por el filo, cerquita, muy cerquita del abismo, alegre y confiada, cuando de improviso, sin que tuviera tiempo para sustentarse en alguna saliente de las peñas, dió con el vacío, echando un agudo y lastimero balido, que fue el que había escuchado Micaela....

En la terrible ansiedad, el pobre animal, sintiendo la profundidad, en vértigo terrible, y al caer como cosa de tres o cuatro metros abajo, alcanzó a cogerse, como blanca araña, en un agudo picacho de las rocas. Allí se estaba toda triste y compungida, como si entendiera del dolor de la muerte. Allí la vió Micaela, cuando en precipitada marcha vino al lugar del accidente. Los corderillos y recentales fueron al encuentro de su ama y lamiéndole los bronceados y desnudos pies de diosa primitiva y criolla, hacíanle extrañas manifestaciones de adolorido malestar por la desgracia imprevista....

La pastora miró asustada; empezaba a vivir la

realidad después de un plácido rato de haber contemplado, con fervor muy íntimo, el reluciente y muy lejano cielo, de regocijada impavidez....

Abajo, ensoberbecido y tético el Pastaza giraba con fuertes espasmos de furia.... Arriba, el sol indiferente y solemne, aturdiendo a la tierra con sus claros de rey....

En muchas ocasiones, Micaela tuvo que soportar estos percances inherentes al rudo oficio; pero en todas ellas, o la cosa no era de importancia, o salía con victoria a poco menester. Hoy la catástrofe se presentaba de pésimo cariz. De seguro la mala estrella le acompañaba. Había, talvez, ofendido con sus sueños al Dios que todo lo ve, lo oye y sabe? Su corazón le saltaba del pecho, amenazando salirse de él por la boca, como torrente en inseguro dique. Su dolor era grande como la serranía. Comprendía que de perderse la oveja en el abismo, quería decirle un año más de esclavitud, talvez los....duros reproches y castigos perversos del amo, del odiado blanco que hacía su vida insoportable.

Por entonces, si bien habíamos llegado a una época de liberalidad, y se decía haberse «trabajado» por la clase indígena, era demasiado fementida esa actitud y no rezaba aquel «liberalismo» entre los indios vapuleados, escarnecidos aún por la terrible conyunda a que le uncían con fiereza los propietarios de los vastos latifundios. La pérdida de una oveja, la muer-

te de un carnero, de una chancha, en fin, era penada con fuertes y oprobiosas reprimendas y reintegros de fabulosas sumas. Quienes, como Micaela, no trabajaban sino para vivir, tenían por delante, a causa de estos casuales y degraiciados accidentes, una negra vida de esclavitud y tiranía....

Y no solamente era el dolor de estos pensamientos—si es que le fuera dable pensar,— el que aguijoneaba a la infeliz, sobre todo tenía en esos instantes una profunda pesadumbre que corría por todo su ser, cual si fueran picaduras de escorpión, la convicción de que podía quedarse sin su compañera de penas y esperanzas, como ella la llamaba. Era su oveja favorita. La había bautizado con el nombre sugestivo de «Aurora» y le prodigaba todo su cariño. Era la dueña de sus secretos y por la que podía arrostrar todo peligro con tal de que no le sucediese nada y viviera....

Iba a desafiar a la fatalidad. Entre sollozos, aturdida, pero firme, iba a poner en práctica su resolución heroica. Ya estaba al borde de la cuenca cavernosa; adentro, muy adentro, con reverberaciones de cristal engañoso, como reptil triunfante, el Pastaza caminaba a lo largo, a lo largo, hacia el Oriente....

Con ternura le llamaba: «Mi Aurorita, mi compañerita, mi preciosa Aurorita.... Yo te salvaré».

Nunca gato montés hubiera hecho lo que esta-

ba haciendo con resolución, la india. En sus ojos había tristeza, pero también energía. Con su reboso de bayeta, color tomate, hizo una fuerte «toglla» que remató con firmeza en los flexibles tallos de la vegetación salvaje del borde del abismo. Ella estaba segura de que le sostendría lo suficiente para alcanzar el lugar donde yacía, sorprendida, la ovejita preferida, y entre dientes se deslizaba, murmurando:

—Si se arranca, mejor.... Moriré con mi Aurorita.

En aquel momento tuvo una fiera mirada para el cielo. Iba ya a desgalgarse adherida como una hiedra de la floja ligadura, ya ponía los pies en el vacío, cuando derrepente escuchó un estremecido grito bastante cercano. Ella sabía perfectamente que en esos lugares y a tales horas, a no ser a mucha distancia, cerca de la aldea, habría gente, mucha gente, pero allí, no. Se puso a indagar de dónde podía proceder aquella anhelante exclamación y no tardó en saberlo.



Encondido en enmarañados matorrales, haciendo haces de leña, otro paria, un hombre de bronceada faz, fuerte como aquellas rocas, flexible como los bejucales, había contemplado, con creciente inquietud, el tristísimo incidente. Temeroso de dejarse ver al principio porque hurtaba la leña de terrenos de los blancos, pensó que la india pastora le delataría y no intentó asomarse. Pero contempló el peligro que amenazaba a su hermana desconocida en su delirante anhelo de salvar a su infortunada ovejita, y cuando observó que ya estaba a punto de caer en los abis-

mos, fue que dió aquel estentóreo grito que turbó a Micaela.

Ligero como el viento el indio ganó la distancia, acercóse sin vacilación al borde del precipicio, y ágil y fuerte como un gigante, quitó a la india del lugar del peligro. Arrancó la ligadura y se puso a reflexionar. Esta escena duró un segundo.

Micaela miraba atontada al intruso, y ya iba a reprocharle su acción, cuando le vio que, sacando de su cintura un largo y resistente cabestro, hizo con presteza un lazo corredizo, y con certeza increíble tiró para abajo en dirección a la agonizante oveja, que largo tiempo sostenida con sus pezuñas en la punta saliente de la roca, estaba a punto de desmoronarse en el río. El tiro fue seguro. El lazo asió con maravilloso tino del cuerpo armiñado y tembloroso de la «Aurorita». El indio tiró cuan fuerte le fue posible y se vió titilar en el vacío el cabestro sosteniendo audaz a la oveja. Un pequeño esfuerzo más y la víctima estaba salvada.

El rebaño como si hiciera acción de gracias, báló alegre, interminablemente. Unas pequeñas nubecillas que oscurecieron momentaneamente el sol, habían desaparecido. Este brillaba con todo el esplendor olímpico de una inmensa y apocalíptica moneda de oro... La brisa cantarina azotó, besó más bien el rostro del gallarado mancebo, de la tez bronceada.

—Desalmada, qué ibas a cometer?—dijo con vehemencia, dirigiéndose a la longa.

—A cumplir con mi deber,—respondió ésta con presteza. Y tú, por que te entrometes en asuntos que no son tuyos?

—Reprochas lo que he hecho?—repuso el indio, con cierto desencanto.

—No. A Dios pongo por testigo. Pero reclamo el derecho de salvar o morir con mis animales, compañeros de mi vida, quienes nunca me han hecho daño.

—Seguramente es tu corazón nido de tristezas para que hayas querido abandonar la vida, aunque mala, siempre amable.....

—Nadie sabe lo que una guarda dentro del corazón. Yo no sé. He oído la voz potente del rucu-Pastaza y he querido atender a la llamada. Sentí deseos de llorar y he llorado; quería salvar a mi Aurorita o morir con ella. Tú me has salvado. Te agradezco buen hermano. Qué El, que está allá arriba de nosotros, pague tu generosa acción.

A este punto el indio miraba con obsesionada atención de piés a cabeza, a su graciosa interlocutora. Por el corto diálogo que cruzaron, se pudo comprender, que, aunque indígenas, no estaban excentos de cierta innata comprensión de la vida. Al poner el

indio su mirada en la cara de la longa, luego en sus ojos, sintió que en el fondo de su ser, entraba, no sabía que maleficio: era una sensación de dulzura y de dolor ya ardiente, ya fría, algo como implacable roña, que no obstante le deleitaba. Desde ese instante sintió que una extraña fuerza le vigorizaba y que, a la par, le hacía desfallecer. De los negros ojos de Micaela se desprendían refulgencias de mágica luz que iban derecho, derecho al corazón del pobre longo. Se miraron un instante....

Arriba el cielo hecho una ascua blanca, abajo los bramidos del río tumultuoso y enigmático.... La oveja comenzaba de nuevo su vida.... Los pajonales eternos tenían la plegaria de las cosas inmutables. Lejos un mastín ladraba con fiereza de huracán....

Ambos permanecieron turbados un momento y en silencio. Fuerte vendabal se desencadenaba en esas dos almas sencillas y puras como las nieves andinas, con el calor interior de sus volcanes, salvajes y fuertes. Sin saber porqué se encontraron en actitud de serena meditación con los ojos vueltos al polvo....

Serían las doce, de seguro, pues el excelso Astro, estaba omnipotente en el cénit. De la aldea vecina vino distintivamente, conducida en alas de suave y susurrante ventolina, tañido de vieja campana. Era la hora del Angelus. Instintivamente los cuitados hincaron sus rodillas en el centro de la tierra. Pusieron

la mano en el pecho y encontraron que sus corazones se salían de sus órbitas....

Musitaron quedo una oración para ahuyentar al Malo; rezaron por todas sus tristezas, rezaron por la gañanía, por los q' sufren, por los que lloran y por los que soportan hambres y persecuciones de la Injusticia y de la inhumanidad.... Rezaron, rezaron.... Rezaron por las ovejas que se mueren de súbito, por las que huyen del rebaño, rezaron por la paz del corazón!.... Rezaron.... Rezaron!.... Quién sabe porqué no más ...

Las campanas dejaron de hablar y solamente se oyó el murmullo aterrante de las embravecidas olas, al chocar con el precipicio. Alzaron la vista. El miró con frenesí. Ella esquivó ruborosa la mirada. Como si se le saliera del fondo de su alma, el indio articuló:

—¿Cómo te llamas, hermana mía? Será tu nombre dulce como tu voz y tus miradas; como la fruta de los aromosos huertos, bello como las flores, claro como este día?....

Ella iba a inventar un nombre supuesto ahuyentando todo mal pensamiento; pero por sobre todo, sintió una fuerza interior inexplicable que le obligó a decir la verdad. Con suave entonación de nostalgia, exclamó como un suspiro!

—Micaela... Y tú?....

Peró Micaela no supo porqué había preguntado el nombre del benefactor e imprevisto amigo; talvez

para saber exactamente quien le salvó, o porque amor había puesto ya en su alma candorosa su simiente creadora?....

—Yo?— dijo con intencionado guiño de ojos, un si es no es picarezco e ingenuo. Para qué deseas saber mi nombre?. Es áspero como estas rocas, oscuro como la noche, como la tristeza de esta serranía.... Me llamo, lo que tu, buena hermana, quieras llamarme... Bartolomé... Jacinto... Pascual... con tal que tu sepas que desde hoy la sangre de mis venas la derramaría por tu amor....

Y no se dijeron más. Y para qué decirse vanas palabras, si ya quedaban atadas esas dos almas en impenetrable lazo?....

El indio, todo el compungido, cargó a cuestas con su leña y como un ebrio se alejó corriendo.... Ella, junto al rebaño, acarició a su oveja preferida, a su querida Aurora de los secretos de su corazón. La dijo mimos y palabras tiernas— ¿le hablaba de su amor?— y se fué por otro camino pensativa y triste....

Los pajonales ondulaban a fuerza de eolo, como voluptuoso e insaciable mar. Lejos el mismo mastín arreció el tranquilo ambiente con sus fuertes ladridos.....

El Pastaza, en el antro milenario, aulló aún más fuerte que diez mil mastines. Arriba, talvez el Dios de los mortales, bendecía el amor de la serranía.....

## Los muertos, vuelven?....

En el atardecer sin sol, atardecer de frío paramal, sollozante de nostalgias, la conversación iba languideciendo, como nota de violín en la lejanía. Las aves agoreras cruzaban el espacio ceniciento, cual si fuesen fantasmas de ultratumba, poniendo en el alma timorata de las gentes, un temblor supersticioso.

—No, no puede ser. Los muertos no vuelven. Duermen la siesta eterna del camposanto. Es un viaje del que nunca ha regresado nadie, nadie.....

Eolo comenzaba a soplar con todos sus pulmones. Las nubes, con ímpetu extraño, hacíanse cendales; mientras las celosías chirriaban de susto. Un aliento frío sintió en su derredor el que acababa de pronunciar aquella negación tan rotunda.

María notó que su esposo se ponía pálido, aunque conservaba cierta serenidad aparente. Ella creyó siempre que los muertos queridos rondaban su hogar y los lugares que prefirieron en la vida. Sin ser vidente, más de una ocasión se sintió poseída por una extraña y helada emoción, producida por una influencia que, sin ser visible, obraba en todo su ser.

Creyó que algo como esto le estaba sucediendo a Enrique, y encontró oportuno contrarrestar su creencia negativa.

—Cierto que los muertos están bien muertos; pero es una muerte material, es la anulación del polvo, de la vil arcilla; pero los muertos están bien vivos en espíritu. Si no lo vemos es porque les falta la forma corpórea; pero eso no hace falta para presentirlos, para adivinarlos; y no es nuestra materia, ciertamente, la que logrará ponernos en comunicación, es nuestro propio espíritu... No es la armadura del piano lo que nos deleita, por ejemplo, son sus notas armónicas las que llegan a dominar y ennoblecer el alma....

—Por lo mismo que los muertos están bien muertos, ¿para qué y por qué razón iba a perdurar el alma? No es el alma la resultante fisiológica de la materia viviente?. Desaparecida la causa, es incuestionable, desaparece también el efecto....

—No. Porque el espíritu ni es efecto de las funciones armónicas de nuestra fisiología, de la materia viviente, como dices, ni puede desaparecer, porque es parte de la energía secular y eterna de todo lo creado. Más bien, las funciones fisiológicas de la materia se producen por la intervención reguladora del espíritu, que puede independizarse, desplazarse de la materia, si ésta se ha desgastado demasiado y es incapaz de albergarlo cómoda y dignamente. Tú no vivirás en una casa mientras no te ofrezca todas las garantías

de seguridad y decencia. La abandonarás inmediatamente que amenace destruirse, por tu propia seguridad. Pues, bien. Nuestra pobre envoltura terrena es la vivienda del alma, pero como la desgastamos nosotros torpemente en la vida de luchas y placeres, llega un momento en que se destruye a pesar de los cuidados y recetarios médicos, que pueden aplazar momentaneamente su destrucción, pero no impedir la, y es entonces que sobreviene la muerte, a poco menester, la muerte de la arcilla; minuto que aprovecha el espíritu para ir a juntarse con la energía central, con el foco vivificador y genitor que preside la vida universal, eterna.

—Buenos sofismas. Pero, ¿cómo puede venir nuevamente a esta vida de los hombres, si ya, como dices tú, esa alma o parte de la energía universal, ha retornado, cumpliendo su deber, al foco genitor?.

—Eso es muy sencillo. El espíritu, a su paso por esta vida humana, que tu llamas, por corta que haya sido su duración, al corporizarse, al materializarse, acepta todas las responsabilidades y consecuencias inherentes a nuestra existencia, como son el amor, el dolor, el recuerdo, y, en fin, todo cuanto produce la vida de relación, como una necesidad o un mandato. El alma realiza todo esto, y, naturalmente, toma afición por algo que llegó a gustarle; de ahí es que repite todo cuanto le halaga y huye de todo lo que le atormenta. Cuando se ha desligado de la materia, conserva el recuerdo de todo aquello y

actúa, aunque en forma impalpable, pero suficiente para que nosotros, que también conservamos recuerdos cariñosos o desengaños tristes, de los que se fueron, podamos darnos cuenta de ellos, en nuestra sub-conciencia. Esa alma está con nosotros, o, sea, los muertos vuelven, y cuando vuelven, lo hacen a los lugares que en vida prefirieron. Ellos están dentro de nosotros mismos, con sus recuerdos latentes, con su afectuosidad o rencor de siempre. ¿No has escuchado en la vasta soledad de tus meditaciones, como una llamada telefónica, algo que no es de esta vida? ¿No has sentido escalofriarse tu ser cuando en la mansión de un muerto, sientes un beso helado, una caricia sutil e impalpable, en lo más hondo, en lo más tierno de tu corazón?. Es el alma que retorna hacia nosotros, que hace permanente el recuerdo e impide que seamos olvidadizos, embelezados como estamos en nuestras insignificancias humanas?.... ¿No has sentido súbitamente alguna vez, cómo el recuerdo de un muerto se apodera de nuestra mente y de nuestro ser? Son los muertos que vuelven, son los muertos que nos llaman.....

Había anochecido. Enrique no creía. El vendabal soplabá aún más recio. La obscuridad se rielaba de claridad indecible con los rayos lejanos. Ella se persignaba. El meditaba. En qué meditaba? Un espíritu ateo es un espíritu indiferente. Si no tiene una convicción, un ideal, ¿puede sentir las manifestaciones de ésta o de la otra vida?

De repente, la celosía sollozó de manera lúgubre y la puerta se entornó visiblemente. Sería el viento? Ambos se miraron con angustia. Un hálito frío besó sus frentes caldeadas de infinitos pensamientos y se replegó por los oídos. En sus tímpanos resonó una voz extraña que no pudieron decifrarla. Sus cuerpos temblaban mientras en los ganglios del Ande los rayos seguían haciendo piruetas macabras.....

Súbitamente se cerró la puerta—que se entornara antes—y entonces sintieron cierto alivio. A una, exclamaron:

--Cierto, cierto! Los muertos vuelven. No podremos negarlo. Los muertos vienen a visitar sus lugares preferidos.....

Los buhos, desde las torres carcomidas de los viejos templos, levantaron su vuelo hacia los abismos de Dios....

## Final de Novela

Se miraron mutuamente, atraídos por no sé qué lejano recuerdo, y cuando ya iban a seguir su camino indiferentes, Jorge, golpeándose la frente, como buscando precisión en sus ideas, súbitamente e impulsado por la descifración de su olvido, la detuvo con un cariñoso abrazo, que venía a ser la disculpa de aquel involuntario y momentáneo olvido.

Los recuerdos bulleron en su mente, ya bastante decadente, de hombre que fracasó siendo universitario, y pronto reconoció a la mujer que acababa de abrazar.

Veinte años habían transcurrido desde cuando Jorge, estando de estudiante en la Universidad, había sentido un inmenso amor hacia la entonces atractiva María, que ahora, si bien no había perdido la opulencia de sus carnes alabastrinas y conservaba el voluptuoso menear de sus caderas seductoras; en cambio, el tiempo había taladrado en sus mejillas un sinnúmero de arrugas, que hablaban de sufrimientos. Sus negros ojos, rodeados de pobladas y negras pestañas, se eclipsaban con dulzura melancólica de noche de luna, y una enorme tristeza parecía ence-

rrar su corazón de mujer que se esforzaba por soñar todavía, pero que los años iban haciéndola sombría...

Ambos, después de avivar recuerdos, por asociación de ideas, como dos viejos camaradas que se encuentran al azar de la vida, al transcurso de muchos años de no haberse visto, los dos ya viejos, festejaron su encuentro casual, con apasionados abrazos y besos, que eran la consecuencia de una ardiente novela romántica, vivida intensamente....

El, contó la historia vieja del resto de su vida. Nada novelesca, toda una vida humana, triste, fría, sin el gran abrigo que proporciona a la caprichosa naturaleza del corazón, las caricias suaves de una mujer.

María fué su primer amor, quizá el único, por haberle quitado el velo de lo desconocido... Cuando la suerte los desunió de una manera imprevista, sintió su corazón sin vida, su alma bebió en el vaso de la nostalgia el acíbar de la soledad. No halló, o más bien no buscó el cariño de otra mujer y desde entonces se sintió viudo de su amor primero.

Desgraciado es el hombre que al esfumarse un amor, no busca otro, otro y otro. La vida es amor y sin amor no puede sentirse la necesidad de vivir, a no ser que tenga conformación psicológica anormal. El amor es un principio balsámico que nace pero nunca muere. Es el eterno manjar de las edades. ...

Pobre escéptico el que vive embebido en un am-

biente de indiferencia, creyendo hallar un estado im-  
pasible para su corazón, que nunca puede existir; ne-  
cio que no se precave que manteniendo así su espí-  
ritu, nunca podrá haber amado al ser más tierno, más  
querido, más dulce: a su madre.

El amor se impone como una necesidad para a-  
limentar nuestra emotividad psico-fisiológica; el amor  
es vida, es suspiro, es lágrima....

«Cuánto he sufrido en la noche gris de mis con-  
tinuos y amargos recuerdos—comenzó diciendo ella—  
la Luna que servía de testigo en nuestras cuitas, y  
con su argentino claror nos comunicaba mucha vida,  
cuando largas horas de ensueños, de alegres e inter-  
minables charlas, seguían a nuestros voluptuosos bes-  
sos, ella la enigmática Luna, en su viaje sortilego de  
compañera de los amantes, servíame, ahora de impor-  
tuna escudriñadora de mis grandes pesadillas, en mis  
noches negras... Amar, amar, había sido el grave  
mandato que madre Natura puso en mi corazón al  
nacer. Quince años contaba entonces. Sabes tú lo que  
es encontrarse saboreando el néctar de quince prima-  
veras, llenas de locas esperanzas, de infinitas ansias,  
de inocentes y grandes deseos, sonreída por la belleza;  
sentirse aguijoneada por no sé qué gusanillos que pi-  
can en el alma incesantes, terribles, halagadores y que-  
rer y querer amar?»

«Amaba idealmente, sin saber a quién amaba.  
Comprendes lo que es el amor: el amor es una tier-

na libélula, altanera y humillante, pacífica y humillada, que envuelve con sus alas poderosas a todo ser racional; es un capullo que se abre al contacto del rocío y se mueve al soplo de la brisa; es la estrella luminosa que distingue el náufrago en la lóbrega noche de su desesperación, cuando su cuerpo rueda llevado por las tempestuosas olas del Destino... es la hoja blanca, no escrita aún, blanca de ensueño, de cándida inocencia, del gran libro de nuestra existencia que comienza; es la hoja manchada, rota por los deliciosos excesos de una voluptuosidad incauta....

«Mira, tú, cuánto sentía este corazón qué fué tuyo, cuando supiste hacerme comprender la importancia del amor que funde dos almas.... El vigor de tus miradas me dieron vida, en cambio yo robaba la tuya. Te amé como ama el hidrópico al líquido elemento; como una oveja a su tierno corderillo; a veces sentí el amor de una leona.... Te idolatraba. ¿Te acuerdas cuando tú, muy joven, en el jardín nos encontramos? Fue la primera vez que estuvimos solos. La Luna, tan sólo ella, en su viaje inmutable, parecía describir signos cabalísticos en torno de lo que yo ignoraba.... Una brisa somnolenta, cargada de perfumes de azucenas, rosas y claveles, cargada por todos los perfumes de la existencia, azotaba nuestros rostros que se unían lentamente, golosamente, en el crisol infinito de un beso.... Nadie nos miraba y yo sentía la divina curiosidad de lo desconocido.... Muchos besos, muchos y muchos.... Sentí tus brazos fornidos en mis senos y un escalofrío de gozo infernal y celeste, reco-

rrió todo mi cuerpo.... Luego nuestros cuerpos que se desplomaban, con bárbara locura, en el gran verdor de la naturaleza, cubiertos por el cielo que miraba nuestra danza macabra.... y sentimos, por primera vez, la Vida que nos mostraba el misterioso secreto de lo Desconocido.....»

Así habló María, convulsiva, con la nerviosidad de un goce epiléptico, como paladeando el supremo deleite.....

«Y qué más?—continuó—Te he amado aún todavía; en mis otros e innumerables amores, que no han sido sino secundarios, a los otros hombres tan sólo los he querido, porque eran materia y he hecho de la materia mi modus vivendi. Yo he pensado siempre en tí, en tu amor de lejanos tiempos mejores. Te amo, a pesar de ser vieja, porque el amor nunca es viejo, los corazones no envejecen....»

Conforme hablaba, muchas lágrimas bañaban su arrugada faz que se tornaba cadavérica.... Quién sabe si talvez habría sido una mujer buena, si lo imprevisto, lo fatal no hubiese alejado esas dos almas....

El, atónito, la escuchaba con la idiotez de lo irremediable; de pronto reaccionó, y solamente dijo: «Adios! Nos encontraremos, somos viajeros en esta dura peregrinación de la Vida.... Hay otra vida mejor. Adios!»

Un largo y cordial abrazo desunió para siempre a los dos viejos que caminaban sobre esta deleznable existencia, camino de la Eternidad, donde, seguramente se encontrarían.....

## Incomprensión

—Vuestros ojos de negro azabache, heredad de alguna hada encantadora, me han rendido....

—Yo *ca* no soy ninguna bruja, que está *pes* diciendo.

—Que os amo, con la ferviente adoración de mi alma; cuando en mis noches de tedio pienso en vos, siento vivir en un mundo de felicidades, lleno de delicias y manjares para el alma y el corazón....

Le gustará *pes* a usted los manjares.... Un dulce sabroso hizo ayer mi madre; quiere que le sirva?

—No hablo de los manjares que halagan el apetito y mitigan los deseos estomacales; no, me refiero a las gratas ilusiones, a las suaves melancolías, a los dulces caprichos del amor; a las rebeldes esquiveces de la Amada incomprensible, que constituyen, al mismo tiempo, el insaciable manjar y el más horrible de los venenos para el espíritu.

—Se equivoca señorcito; si habla por mi, yo *ca* no soy manjar, peor veneno. Yo me enojo con usted, que no sabe siquiera tener consideraciones con

las mujeres. Venirme a decir manjar, veneno! Usted será veneno....

—Perdonad, rebelde palomita, si os he ofendido; pero mi intención no ha sido esa, de ofenderos. Yo os he hablado, fundiendo en mi corazón, mis mejores afectos, mis más gratos sentimientos y esta adorable melancolía que me causais con vuestras palabras, para deciros solamente, que yo os amo.

—Márchese usted que yo ca no estoy para oír disparates... Pero oiga, será pes usted herrero. Gracioso oficio me parece ese. Si usted sabe fundir, le voy a dar un poco de bronce para que me haga una bonita paila ...

—Os obedeceré yéndome... pero tened en cuenta que por vuestra culpa mi corazón se encuentra lacerado, y para vivir feliz, sólo me resta hundirme en el abismo de la muerte. Adios! Adios!

—Ay no sé, qué es pés. Se irá pes a matar usted? Yo ca no le doy ningún motivo, para que se muera.....

—Qué más motivo que vuestra indiferencia, que vuestra seductora ignorancia... Acaso no habéis sentido, aunque imperfectamente, bullir en vuestro corazón ese noble deseo de amar, la inquietud santa de un cariño puro? Tenéis ya diez y ocho primaveras y en la plenitud de los ensueños, se ama. No me comprendéis y os burláis; no es vuestra la causá, sino de

quien no os ha hecho que aprendáis en los libros.

—Mentiroso, mentiroso! Dando gracias a Dios, yo ca si sé leer y escribir. Que no sepa querer es cosa distinta. Pero no se acuerda usted que me ha besado... entonces ca que quiere pes....

—Que sintáis el amor cual yo lo siento; es tan dulce amar. Ved: es menester que me penséis a cada momento, que os decidáis a corresponder mi pasión sin observaciones insensatas; que seáis romántica y que las flores de vuestro jardín sean el emblema de vuestra sinceridad y vuestro amor. Perfumad vuestras cartas y las mías con el arrobador perfume de vuestros besos. Haced lo posible por soñarme y doblad la almohada cuando me soñéis, para soñaros igualmente. En los sueños se vive vida feliz, vida de muerte, de noble abstracción de las pobres cosas de la existencia. Es la vida del ensueño; allí el «yo te amo», está libre de todo mal. Soñad, Soñad....

—No soy ociosa, caballero. Tengo ocupaciones que me impiden dedicarme a tonterías....

—Bueno. Tened en cuenta que tarde llora el corazón, y hasta luego....

Y el pobre enamorado, perdidamente romántico, se fue todo el acongojado y triste. Amaba a ella con sincero afecto. Por conseguir educarla, de acuerdo con su temperamento habría dado toda su vida. Pero ella era inculta, un rosal, pero con muchas espi-

nas; una fuente de límpidas ondas, pero traicioneras.... Bellísimo ejemplar de la raza vencida, no comprendía o afectaba no comprender los dictados de su corazón, como muchas mujeres que no dan culto en su alma a la sinceridad de sus sentimientos y mienten por simulación o por cálculo. Es que las mujeres son como el cielo, cambiantes; como el océano, tempestuosas e implacables; como el abismo profundas e inaccesibles; como las flores, tiernas y delicadas; como la luz, diáfanas; como las sombras, como todo ensueño....y abusan de sus tesoros, y siempre y por siempre, juegan con el amor, como se divirtieran con su última muñeca o jugaran a la macateta....

El mismo diálogo se repetía cada vez entre la hermosa incomprensible y el aferrado romántico. El, feliz en sus charlas exóticas, amorosas tiernas....Ella, arisca, montaraz, bellamente divina.....

Pero, tal situación no podía durar de esa manera. Un día el romántico cogió el camino del Exterior. Se hizo un trashumante, fue por todos los caminos de la vida, llevando el perfume inolvidable de la bella incomprensible.....

Ella, como sucede siempre entre nosotros, olvidó lo que nunca quiso amar, y después de muy pronto se casó con otra alma como la suya, arisca, montaraz, incomprensible.....

# A MANERA DE EPILOGO...



## La voz de la vida

Y el peregrino llegó muy cansado.....

El sol declinaba perseguido por la noche que avanzaba veloz. Tintes coloreados de espectación trágica, empañaban la comba milenaria de los cielos.

Los ruseñores elevaban sus trinos, de romántica melancolía, los últimos, talvez, de aquellas horas, al tiempo que una fragante azucena cogitabunda, doblaba su corola débilmente, al contacto del aliento de dos almas enamoradas, abstraídas en el supremo delirio de un beso....

Y las gentes preguntaron al peregrino: «¿De dónde vienes, misterioso personaje?» Y él les contentó, con cierta sequedad flemática, con una voz que parecía salir de una milunanochesca caverna: «Vengo del país del Ensueño, he camino mucho. En él he visto muchas cosas raras para este mundo de la Realidad, que lo conozco también, más que vosotros. En ese país del Ensueño, las almas soñadoras de la Fatalidad, que creen hallar en la melancolía el vaso común donde beber sus nostalgias y sus esperanzas incommensurables, se fusionan, se electrizan, se atraen con la fuerza milagrosa e incomparable del Amor.

Lo mismo sucede con las almas de los grandes optimistas, cuya vida es una eterna elevación hacia Dios, por el poder del entusiasmo y la alegría... El amor es el Dios de todos ellos!»

Un trueno sonó lejano, golpeando formidable la comba infinita del etéreo, en desafío a todas las fuerzas del Espacio.

Nubes de luto rodaban en los cielos. Fulminó un rayo. El vendaval parecía desencadenarse.

Y las gentes volvieron a preguntar al peregrino: «Hombre o Dios, dínos lo que es el Amor. Debe ser *algo* muy grande; debe ser luz, fuego e inspiración, para poderlo decifrar nosotros, algunas de cuyas víctimas voluntarias somos....»

Y el anciano les contestó: «Las nubes que se chocan, que se atraen al principio y se repudian después; el rayo que resulta de esos choques y que investiga los arcanos del firmamento, con inusitada velocidad, he ahí el amor!» Su voz parecía desafiar al trueno. Gesticulaba con misteriosos exorcismos... contorsionaba sus facciones al ritmo verboso de su palabra parabólica....

«Sí—continuó con solemnidad austera—el Amor es el resultado de la unión de dos entidades semejantes, que han prestado su contingente mutuo para hacer que un ente tercero, resulte de su fusión, de su atracción, de su choque.... Las nubes que revientan

en el espacio, cargadas de una cierta cantidad de electricidad contraria, dan el rayo, el rayo es el Amor!»

La tormenta azotaba furibunda en los viejos cristales. La naturaleza parecía estrangularse a sí misma, y en su rabia súbita, elevaba un grito, el grito de la Tormenta, ni más ni menos que las almas agitadas por encontradas pasiones... La Fatalidad se imponía, entonces. Melancolía explotaba el tesoro íntimo de las almas propicias, dejando en unas la Neurastenia, se fiera e implacable. Qué debil y grande naturaleza! En ese momento los espíritus parecían descender al divino país de la Inconsciencia.....

Un trueno implacable golpeó el cielo aún más cerca. Y el viejo habló: «¿Es el mundo el centro de las almas?....»

Las gentes estaban aterradas. Sus corazones latían con ritmo incoherente en el plano de lo desconocido. Inquietud y curiosidad tendían majestuosas su mallas en las psiquis bien sencillas de las gentes. El viejo ejercía poderosa sugestión sobre ellas.

Una alma fuerte, dura como el granito, con ensoñaciones de ideales sublimes, con aspiraciones sacrosantas, pero también con ciertos pujos de mal, era la del peregrino.... Natura hacía sus gestos trágicos en esos momentos supremos, y él, el peregrino, reía, reía con risa enigmática, filosófica, desafiante.....

«¿Podemos amar, buen peregrino?» — pregunta-

ron las gentes. Y él les respondió: «Puede Naturaleza dar sus frutos sin la luz prodigiosa del Sol ¿Puede permanecer estable nuestro Planeta sin sus conductos interiores que salen de sus entrañas, llamados volcans? Habrá efecto sin presuponer la causa; o concebiremos la idea de tiempo, sin la de espacio? Me diréis que no. Bien. ¿Qué ensoñativa quiñera, que fuerza misteriosa habrá, pues, entre ellos?»

Un rayo iluminó en aquel instante la oscura calleja donde platicaban. Las campañas tañeron lúgubrememente en la Iglesia vecina. El viejo cesó de hablar súbitamente, como fulminado por el rayo que acababa de cruzar, y, pesadamente dejó caer en el suelo sus callosas rodillas. Las gentes hicieron lo propio. Era la hora del Angelus. Misticamente rezaron....

Después, dijo: «Habrá fruto sin flor y flor que no haya sido capullo?. Puede haber vida sin amor? No. Nunca. El amor, aquella corriente telepática íntima, de creadora simpatía, que sentimos como una aureola, y que no la podemos explicar, se impone en todas las almas, en el tiempo y la eternidad. De modo especial en el país de donde vengo este momento: el país del Ensueño».

Y las gentes le contestaron: «En este país de la Realidad, también, buen peregrino. Y tú, ¿quién eres, que tanto sabes?». Y él, con voz sepulcral que se apagaba, como el trueno a la distancia, dijo: «Yo me llamo la Vida. No me sentís dentro de vosotros mismos?».....



# ALGUNAS OPINIONES SOBRE «PRISMAS INTERIORES»

## LA OPINION EXTRANJERA

ARTURO CAPDEVILA a Dn. Nicolás Rubio Vásquez, agradeciendo el muy gentil envío de su hermoso y hondo libro: «PRISMAS INTERIORES»

BUENOS AIRES—ARGENTINA

A Nicolás Rubio Vásquez, profundo y exquisito pensador ecuatoriano, en reciprocidad de su bello y generoso libro «PRISMAS INTERIORES», con mi viva estimación y vehemente aplauso.

RAFAEL RAMOS PEDRUEZA—MEXICANO

A Nicolás Rubio Vásquez, con un saludo cordial y mi homenaje por su bello libro «PRISMAS INTERIORES»

ROGELIO STELA—COSTARRICENSE

Al culto y armonioso escritor Sr. Nicolás Rubio Vásquez, cuyos «PRISMAS INTERIORES», revelan altura espiritual, honda sensibilidad estética y noble orientación hacia la luz, madre fecunda del Mundo y de todo lo bueno.

MANUEL NUÑEZ REGUEIRO—URUGUAYO

A Nicolás Rubio Vásquez, homenaje de alta estima intelectual, por su hermoso libro «PRISMAS INTERIORES», cuya lectura me ha causado el interés que en mi despiertan las producciones de esa patria de Montalvo.

ARTURO SCARONE—URUGUAYO

Su ensayo me demuestra verdaderamente las mil lu-

ces, de cada cara de aquel prisma iridiscente que es el alma humana.

**DR. P. O. PASCUALI—ITALIANO**

....su meditada e interesante obra «PRISMAS INTERIORES»....

**DR. RAFAEL ALTAMIRA—ESPAÑOL**

Nicolás Rubio Vásquez; envíeme sus libros y los de sus compañeros. Quiero llevar a Europa un panorama literario completo de América. Le mando esos poematos de mi libro en prensa «cancionero». Haga de ellos lo que quiera. Y no me olvide.

**ALBERTO GUILLEN—AREQUIPA—PERU**

A Nicolás Rubio Vásquez, el hondo espíritu de «PRISMAS INTERIORES».

**GASTON FIGUEIRA—URUGUAYO**

Le agradezco sobremanera su amabilidad en mandarme copia de su hermoso e interesante libro intitulado «PRISMAS INTERIORES», que lo he leído con el mayor interés. Espero que Ud. no vacilará en avisarme cuándo la Unión Panamericana puede serle útil de alguna manera. Con saludos muy cordiales, soy de Ud. atto. servidor y amigo.

**L. S. ROWE**

**DIRECTOR GENERAL DE LA UNION  
PANAMERICANA—WASHINGTON**

ANGELICA PALMA, saluda atentamente al notable escritor ecuatoriano Sr. Dn. Nicolás Rubio Vásquez y le agradece mucho el fino obsequio de su libro «PRISMAS INTERIORES», exponente valioso de su noble ideología y su generoso optimismo.

**LIMA—PERU**

Recibí sus «PRISMAS INTERIORES». Al hojearlo he visto muchas bellezas y quiero estudiarlo con la atención merecida.

**JOSE BRISSA—ESPAÑOL**

Veinte diminutos ensayos sociológicos y literarios y algunas cartas se pueden saborear en este libro, escrito en prosa correcta y sencilla y llena de ideas generosas.

**REVISTA HIPANICA MODERNA  
NUEVA YORK CITY**

Un libro breve, de 105 páginas, conteniendo belleza de fondo y de forma. Su autor espiga en el campo del pensamiento filosófico con una devoción admirable de sembrador del ideal. Pone su pluma «al servicio del bien».

**DE «SIMBOLO»—REVISTA ARGENTINA**

La sombra de Rodó se evoca a veces en el fondo del escenario ricamente conceptuoso y elegante de sus páginas. Es un visionario de cosas mejores, que aumenta su té y su esperanza, «viviendo en Dios» en la serenidad azul del pensamiento creador.

**DE LA «REVISTA DEL CIRCULO DE ALTOS  
ESTUDIOS» DE ROSARIO DE SANTA FE  
ARGENTINA**

Su interesantísimo libro nos revela todo aquello que se siente y se piensa frente a las mil circunstancias que la vida nos depara. Elogio en Ud. el captador de suaves emociones y al didacta....

**ALEJANDRO MANCO CAMPOS—PERUANO**

....mis parabienes por su importante publicación. Su afmo. colega hispano-americano.

**VICENTE DAVILA—VENEZOLANO**

«PRISMAS INTERIORES» me parece una plétora de finos pensamientos expresados con una sencillez que aumenta mucho su valor. La enseñanza moral contenida en sus ensayitos revela el ansia espiritual de un amante de la humanidad.

**J. RIVERA, DE LA HARVARD UNIVERSITY  
CAMBRIDGE—MASS.**

....bem se pode avaliar da sensibilidade do escritor Rubio Vásquez, da limpidez da sua forma de pensar, como da elegancia da forma.

#### DE O. DESPERTAR—COIMBRA—PORTUGAL

Posteriormente, deunos o escritor Rubio Vásquez o livro «PRISMAS INTERIORES», bem pensado, bem ordenado e bem escrito. Desse interessante livro, que se lê com o maior interesse, traduzo um dos seus capitulos em homenagem aos méritos do escritor.

#### NUNO BEJA—PORTUGUES

### LA OPINION NACIONAL

He recorrido en esas páginas su excelente natural, su cordial fervor, su idealismo, su ingenuidad. Felicítale y saludale su amigo y servidor,

#### GONZALO ZALDUMBIDE

Felicítote complacido de que esta vez más la prosa ambateña dé honor y lustre a la patria ecuatoriana, tan alta, magnífica y espiritual en Letras y en Artes; Artes que son también obras del espíritu, señor y dominador de lo material y plástico.

#### A. BAQUERIZO MORENO

Lo he recorrido y lo he juzgado de muy interesante e instructiva amenidad. Su sincero admirador,

#### VICTOR M. RENDON

Tiene Ud. la noble sencillez que anuncia o promete al verdadero escritor. Es su estilo «strightforerard» que dicen los ingleses, y en boca de ellos es suprema alabanza. Ud. piensa y siente, y no trata luego de involucrar ni complicar lo pensado y sentido para hacerlo parecer algo: mérito raro que no puede menos de causar gusto y satisfacción grandes.

#### AURELIO ESPINOZA POLIT S. I.

Pero hay gérmenes de estudios mayores, de ensayos a lo Rodó, de composiciones poéticas. Por el pequeño volumen se escucha-tomamos la frase de uno de los más hermosos «prismas»—«leve armonía de alas».

**NICOLAS JIMENEZ**

....y le manifiesta su profundo reconocimiento por el valioso librito «PRISMAS INTERIORES», que lo ha leído con particular satisfacción.

**DR. LUIS F. BORJA**

Contiene su obra bellos pensamientos, que denotan alma delicada y profundamente cristiana....

**J. ROBERTO PAEZ**

....Y le agradece infinitamente por el envío de su hermoso libro «PRISMAS INTERIORES», que lo ha leído con mucho gusto, causándole inmensa satisfacción porque ha comprendido que su Autor es un nuevo prestigio intelectual, de su querida provincia de Tungurahua.

**NICOLAS G. MARTINEZ**

Al brillante escritor Sr. Dn. Nicolás Rubio Vásquez, que con tanta intensidad ha cultivado el poema en prosa en «PRISMAS INTERIORES».

**ALEJANDRO ANDRADE COELLO**

Le felicita por el anhelo de serenidad y profunda filosofía que se manifiesta en sus variadas producciones, ya en número considerable.

**FRAY ALBERTO MARIA TORRES O. P.**

He leído vivamente emocionado sus «PRISMAS INTERIORES» así como leí ese otro, así mismo pequeñín, «Intus-Voces del Espíritu». ¡Cuánta belleza y cuánta filosofía en las diminutas páginas de los dos libritos!

**CARLOS R. SANCHEZ**

Es Ud. un escritor que llega, por el camino de la me-

ditación, quizá a donde otros no fueron con el objetivismo y la corporeidad de las cosas.

### AUGUSTO ARIAS

Yo me imagino que Rubio Vásquez debe escribir sus libros así: Le duelen los pensamientos en las neuronas porque son pensamientos hondamente humanos y esbozan la enmienda de los sistemas actuales. Entonces conversa con su espíritu y resuelve, luego, conversar con los hombres. Es un artista, decíamos, porque ha encerrado su mundo en su interior.

### ENRIQUE GARCÉS—Túpac-Amaru

He leído con intensa fruición su último libro «PRISMAS INTERIORES». Constituye un placer intelectual muy noble y provechoso asistir al desenvolvimiento de un espíritu joven, esencialmente inquieto, a quien le atormenta un inacabable afán de superación.

### MANUEL UTRERAS GOMEZ

....Consuela la calidad de un espíritu como el suyo que piensa muy alto, socava muy hondo y discrimina en la costra de las realidades con la delicadeza de un Epicteto y e misticismo estoico de Marco Aurelio.

### SERGIO NUÑEZ

«PRISMAS INTERIORES» significa el logro pleno del arte hecho serenidad; de la emoción individual que se cristaliza en poemas filosóficos, en suaves y aleccionadoras enseñanzas; de una ética que pugna por desvincularse de la estética que la corporiza en pasión y en ritmo; o, quizá mejor, de un arte fino que quiere hacer de la moral fuente de comprensión, más dúctil y más humana.

### EDUARDO SAMANIEGO Y ALVAREZ

Las características de su personalidad están en su nuevo libro, claras e inconfundibles: instinto de educador, de forjador de almas, que se interioriza siempre, que pone el oído atento al paso de la corriente subterránea de las

ideas, que las sigue hasta verlas surgir cristalinas bajo el sol de la cultura, y las recoge en el vaso cristalino de su estilo.

**JUAN PABLO MUÑOZ S.**

Advénganos, siempre, su Libro. Maná. Al gustamiento del último suyo, en mi intimidad, ha repicado el verso de Leticia humana. La serenidad de sus Letras tal deviene que ya gana el dón de lenguas. Gala de excepción que un libro plazca a todos los lectores.

**ERNESTO LOPEZ**

Pocas veces ha llegado a mis manos un libro ecuatoriano de tanta valía como el suyo. Hay en él profundidad de pensamiento, enorme vuelo del espíritu remontado a regiones de estética pura.

**G. HUMBERTO MATA**

....y felicitar al inspirado autor por sus meditaciones que hacen pensar hondo y descubren rutas luminosas al espíritu: muchos capítulos sugieren ideas profundas y señalan rectificaciones al movimiento social.

**VICTORIA VASCONEZ CUVI**

....maravillosa obra «PRISMAS INTERIORES»

**FLOR DE TE**—(Alida de Chiriboga)

En las estrías de mi comprensión ambulan esas cien bellas páginas de «PRISMAS INTERIORES», un libro, cuya lectura despierta ese sabor de preciosismo y altitud que se acuesta en nuestro espíritu, ¡Cuántas veces a dormir profundamente!

**RAQUEL VERDESOTO**

....interesante librito «PRISMAS INTERIORES» que ha sido para mi esposa—Flor de Te—y para mí, una verdadera excursión por mundos elevados, empapándonos las alas de rocío de luces.

**GERARDO CHIRIBOGA**

La vida ha cincelado en Ud. un hombre de pensamiento puro y alto y de sentimiento robusto.

**TELMO N. VACA**

«PRISMAS INTERIORES» que contiene un mundo de moral filosófica....

**CARLOS B. SEVILLA**

Si ensayáramos sintetizar, en breves frases, la impresión alada, tenue y musical que han dejado en nosotros los varios capítulos—que son otras tantas filigranas de arte perfumado y sencillo—, debíamos afirmar que en este libro hay lumbre de pensamiento brotada de un rescoldo esencialmente poético e inextinguible.

**LUIS F. TORRES**

Siempre admiré en Ud. tan bellas prendas y aptitudes; y porque siempre las admiré, he seguidole paso a paso, con íntima complacencia, en su carrera triunfal de concienzudo periodista, de pensador robusto y de escritor ameno y conceptuoso.

**DR. VICTOR M. GARCES**

....delicado y bien meditado libro que se ha dignado enviarle.

**DR. PABLO ARTURO SUAREZ**

Es que su último libro merece el elogio de los hombres que no hemos convivido en ambientes egoístas.

**JAIME SANCHEZ ANDRADE**

....Y Ud., querido Nicolás, ha sido, es una de esas cumbres, rútila, firme, triunfante frente a la vida y los hombres.

**ANTONIO MONTALVO**

A «PRISMAS INTERIORES» no le falta, para ser un gran libro, sino el tamaño. No se imagina cuánto placer me ha causado su lectura.

**JUSTINO CORNEJO**

....he saboreado la dulzura de lo bello y he despetalado su obrita con la más grande avaricia....

CLARA ESTHER DE SANCHEZ

Es admirable su actitud de artista, al detenerse frente a frente de la última de las facetas del espíritu, donde ha recogido usted los más claros y suaves manojos de luz.

AUGUSTO SACOTO ARIAS

....a todo el que quiera acercarse a la fuente luminosa de «PRISMAS INTERIORES», a mitigar la sed, que conduzca al perfeccionamiento humano.....

DR. RICARDO PALMA

Mi impresión al leer su libro ha sido de extraña fruición. Debe sentirse una cosa igual cuando el espíritu se diluye en ofrenda para todos.

R. LARREA ANDRADE

¡Cuánta enseñanza encierran esas apretadas líneas de belleza formal!

S. JOSE M. LEORO

En todas las páginas de su obrita se siente el aleteo de alas blancas que ascienden a las alturas nobilísimas de la serenidad.

AURELIO CHIRIBOGA M.

Caracteres resaltantes del librito, son el optimismo, la poesía suave, el afán de nobles procedimientos, la lealtad y el mesurado entusiasmo. Para tal fondo, la forma precisa, clara, vibrante, que ya es bella en sí.

DE «EL COMERCIO»— QUITO

....hemos recibido un pequeño libro bien editado en la imprenta del Colegio Nacional «Bolívar» de Ambato, que se titula «PRISMAS INTERIORES». El señor Rubio Vásquez, ya conocido por la obra «Intus—Voces del Espí-

tu», ha reunido en el volumen un centenar de interesantes motivos....

DE «EL DIA».—QUITO

....nos ha enviado «FRISMAS INTERIORES», precioso breviario de una prosa elegante y bien escrita, recopilación de muchos frutos cultivados en el jardín interior de su sapiencia.

DE «LA PRENSA».—GUAYAQUIL

Satisface que en la juventud literaria del Ecuador, tan sedienta de poesía vanguardista y de cuentos desvestidos por un franco naturismo, se agiten mentalidades como Eduardo Samaniego y Alvarez y Nicolás Rubio Vásquez, tan proclives a bucear en lo profundo de la emoción y el pensamiento.

DE LA REVISTA «ECUADOR»—CARACAS

Sus páginas están plenas de la elocuente filosofía de la vida. Su estilo claro, preciso y sencillo, hacen de este libro un verdadero evangelio para el pueblo, para ese pueblo que está hambriento de aprender.

DE LA REVISTA «NERVIO»—QUITO

Estas dos obras tienen un sello de auténtica cultura que sugieren al lector ideas y sentimientos buenos.

DE LA REVISTA «ALAS»—QUITO



# INDICE

	Pag.
<b>La Ponga .....</b>	<b>7</b>
<b>El Amuleto .....</b>	<b>34</b>
<b>El Amor de las serranías.....</b>	<b>44</b>
<b>Los muertos, vuelven? .....</b>	<b>57</b>
<b>Final de una novela.....</b>	<b>62</b>
<b>Incomprensión .....</b>	<b>67</b>
<b>A manera de epílogo: La voz de la vida....</b>	<b>73</b>
<b>Algunas opiniones sobre «Prismas Interiores» .....</b>	<b>77</b>



